

¿Por qué nos drogamos?

Yvan Amar

Nuestra época tiene una gran necesidad de personas que tengan una reflexión diferente sobre la espiritualidad. Hijo de un rabí casado con una católica, discípulo de Chandra Swami, un auténtico sabio indio, Yvan Amar (1950-1999) ha sido un filósofo innovador, que se ha rehusado de confinar su pensamiento en cuadros dogmáticos, y ha publicado libros como L'Effort et la Grâce (ed. Albin Michel), L'Obligation de conscience (ed. Du Relié) y L'Alchimie de l'homme (id.).

Sufrimos de no ser lo que queríamos ser. Es tentador huir en las alucinaciones, pero siempre nos vuelven a coger. Sin embargo, la sabiduría no consiste en alejarnos de nuestros sueños, sino en integrar nuestras experiencias internas, como lo suelen hacer los pueblos indígenas. De hecho, los adultos del mundo postmoderno tienen también que reinventar rituales iniciáticos.

- **Hoy en día muchas personas, jóvenes y menos jóvenes, toman drogas, que sean “suaves”, como la marihuana o el hashish, legalizadas como el alcohol y los diversos tranquilizantes – de los cuales Francia es uno de los tres países que más consume - o duras como la heroína o el crack. ¿Qué debemos pensar de esto?**

Explorando los mecanismos profundos que nos inclinan hacia las drogas, quizás nos acercaremos a lo que hizo que, para ciertas civilizaciones, su uso era totalmente integrado a la vida tradicional. Primero hay el simple fenómeno de curiosidad, que en sí mismo nunca es completamente inocente. Etimológicamente, “curioso” viene de “buscar en círculos”, y supone entonces un movimiento muy específico, que podemos encontrar en muchos de los fenómenos relacionados con la droga, en ciertas embriagueces místicas, o en ciertas prácticas que tratan de engendrar estas últimas. Lo que nos empuja hacia la experiencia alucinógena es primero una cierta insatisfacción: lo que llamamos “la realidad cotidiana” no basta para nuestras vidas, y nuestra manera de vivir esta realidad no nos permite percibir su sentido. Ahora bien, tomar un producto psicotrópico tiene dos efectos por lo menos. Primero, la realidad cotidiana nos parecerá más satisfactoria, y segundo, alcanzaremos un nivel de consciencia superior donde lo que no podía ser percibido o entendido lo será: por un corto momento nuestra existencia tomará sentido, quizás sin que tuviéramos la posibilidad de expresar esta experiencia de forma lógica, pero con una percepción muy convincente porque asociada con sensaciones muy intensas.

- **Las drogas suaves proveen un cierto confort. Ciertas drogas alucinógenas, que al contrario de la heroína por ejemplo no están calificadas como “duras”, no proveen necesariamente un éxtasis tranquilo o un viaje cómodo... ¿Entre drogas “duras” y drogas “suaves”, no haría falta un tercer termino?**

Este término existe. Se trata de “psicotrópicos” - por mi parte no empleo nunca la palabra “droga”, es un cajón de sastre. La palabra “psicotrópico” se refiere a plantas muy poderosas, como mezcalina, peyote, y otros cactus o lianas capaces de provocar profundos

viajes internos, donde el psiquismo está trastornado: eso es el aspecto iniciático. “Iniciático” sugiere la idea de una prueba, y entonces la confrontación con otro nivel de realidad, con la capacidad o no de integrar en sí este nuevo nivel de consciencia, reflejando como un espejo las arcanas y los dedales del consumidor. Si en las civilizaciones tradicionales este tipo de experiencias se realizaba adentro de una transmisión, era para que esta confrontación no se volviese un desastre, pero permitiese un viaje iniciático donde nuevos datos de la consciencia pudieran ser integrados, permitiendo la adquisición de una comprensión nueva.

En nuestras sociedades, el hecho de absorber una sustancia para buscar una compensación, porque la vida no es satisfactoria, pone por delante “la primera de todas las drogas”: el sueño. ¿Qué hacer frente a una vida cotidiana frustrante? Desde la infancia, hay dos tipos de comportamientos: algunos van a actuar y transformar su vida cotidiana esforzándose, otros van a soñar de un cotidiano diferente y a veces refugiarse en su sueño, olvidándose de una realidad demasiado penosa donde están dominados, discapacitados, desdichados. Hasta un cierto punto, este sueño es real. Además, incluso los que se esfuerzan para transformar el mundo precisan del sueño, que constituye entonces un esbozo del proyecto que tratan de materializar. Ellos quizás conocerán la materialización de su sueño, y, por seguro, la alegría de la práctica y del esfuerzo. Los otros, que no actúan, encontrarán también una forma de gratificación en la compensación interna que brinda un universo de sueños, pero llegaron a un punto en que este sueño no bastará más, y es una de las razones porque empezarán a consumir drogas: para compensar en el mundo de los sueños los límites de este mundo.

Él que transforma el mundo materializa su sueño. Conoce la satisfacción de contemplarlo, y, por eso, está reconocido por los otros. El que sigue soñando tiene sueños sin consistencia. Ahora bien, algunas sustancias dan a los sueños mucha más consistencia que lo que tienen en realidad. Entonces el soñador frustrado tendrá una propensión natural a aumentar las dosis. Esa es para mí la “primera droga”: el sueño del hombre frente a lo cotidiano, y las ganas de intensificar este sueño, de darle más realidad. Se precisa destacar los riesgos catastróficos corridos por los adolescentes y los jóvenes en estos momentos claves, verdaderamente iniciáticos, cuando tratamos de convertir el sueño en realidad.

En los tiempos de la pubertad, el pequeño ser humano va a tener un sueño, vivir una experiencia, un tótem, recibir un nombre, tener un sueño de lo que será su vida... Entonces entrará en el mundo de los adultos. Así pasaba, por lo menos en las civilizaciones tradicionales. Ese mismo adolescente que no está más rodeado por los adultos, y a quien cuesta mucho hacer el esfuerzo de entender lo que le pasa adentro, va a vivir una experiencia chamánica en dos sentidos. La sustancia que tiene el poder de intensificar su sueño y de darle una realidad interior por un tiempo hace sin embargo mucho más: cuestiona los mecanismos generales de creencia en el mundo. Si interviene demasiado temprano, este replanteamiento puede desmovilizar totalmente el individuo que no será más capaz de producir un esfuerzo. Cualquiera que fumó marihuana ha podido experimentar la especie de circo que se desencadena alrededor y que provoca risa: la manera de comportarse de la gente, como se afanan en universos cerrados, hacía objetivos ridículos o fútiles, en resumen, el gran juego de máscaras y mentiras. Todo esto se descubre, y el individuo, profundamente desmotivado, se arriesga a no poder producir más, aunque sea un esfuerzo mínimo, rechazando en bloque el sistema en el que se supone debe vivir. Y todo eso pasa en una edad cuando precisamente hace falta que el adolescente se estructure por el esfuerzo que, solo, podrá concretizar el proyecto que lleva adentro de

sí mismo. Por supuesto es algo catastrófico. Además, esas experiencias psicotrópicas pueden ser muy intensa y crear un abismo entre lo que ve el adolescente y su capacidad de integrarlo a su propia (r)evolución. Este niño corre el riesgo no solo de perderse en la sociedad, que ya es un mal, sea lo que sea que la sociedad piense, sino, sobre todo, corre el riesgo de perderse por el cumplimiento de su propio destino. Porque se arriesga a que la sustancia le haga constantemente falta para vivir.

Frente a eso, parece totalmente ridículo hablar de penalización o legalización. Hace falta cambiar de punto de vista, que no tenga nada que ver con policía o justicia, pero que se relacione a la psicología, la filosofía, la estructuración cultural de una sociedad. ¡Entre la gente que fuma, nunca he encontrado ningún bandolero! Asociar la gente que absorbe tales sustancias a forajidos es ridículo. En cambio, lo que me parece importantísimo es de reflexionar sobre la manera de integrar esas sustancias en nuestras sociedades, no en un plano legal o policial, más bien en un plano cultural. Podríamos buscar en otras tradiciones que la nuestra como se vivía la relación con estas sustancias: estaba siempre vinculadas con valores sagrados, iniciáticos, de transmisión, con códigos de conducta que elevaban la consciencia.

En los años sesenta, se hacía referencia a estos pueblos que utilizaban los productos psicoactivos de manera sacralizada, tal como los Yaquis, los Tarahumaras, etc... También se hacía referencia a ciertos artistas: mucho antes de Daumal, Michaux, Huxley o Duits, se sabía que Baudelaire, Verlaine, Gauthier, Rimbaud, utilizaban psicotrópicos para encontrar a la inspiración, y es tentador de justificar así nuestro comportamiento. Hoy en día, si queremos regular los comportamientos vinculados con la absorción de esas sustancias, haría falta instituir de nuevo en nuestras sociedades – sin tener que llegar, como en el Brasil, a la institución de una nueva religión – estructuras culturales que reconozcan los mecanismos en los cuales esas absorciones han siempre sido basadas.

A un nivel más o menos equivalente, un hombre que dejó su impronta en nuestra generación y la generación actual, es decir Bob Marley – quien es un verdadero promovedor de la marihuana – cuando hablaba de la marihuana, era con una referencia a la filosofía y la religión de los rastafaris, vinculada a un simbolismo y una visión general del ser humano relacionada a una cierta ética. Los valores que soportaba eran valores de reflexión, de calidad muy elevada. Quizás solo lo conocemos como cantante, pero si uno busca un poco más lejos, descubrirá un hombre que pensaba. Digo que, si queremos proteger a nuestra juventud, no lo lograremos por las leyes ni por la policía sino mediante un control inteligente, culturalmente, psicológicamente, metafísicamente, espiritualmente inteligente. Solo de esta forma podremos integrar marihuana y sustancias similares a nuestra vida cotidiana, hoy en día tan exigente. Entonces hace falta recrear en el uso de la marihuana y otras sustancias las mismas exigencias que existen en los rituales sagrados. Así suprimiremos el estrés y los comportamientos ilegales que deriven de la prohibición. Así podremos vigilar el proceso con más eficacia, e integrar la exigencia de una disciplina mucho más fértil que la prohibición

Por lo menos eso es mi sentimiento. Lograr la integración, en la vida cotidiana, de un elemento que de todos modos es todavía parte de ella podría crear una relación educativa a la marihuana. Y entonces, llevar al desarrollo de una disciplina muy estructurante, y que obligaría a una verdadera toma de consciencia.

- **¿De hecho, precisamos de un pensador verdadero de la marihuana, como Timothy Leary con el LSD?**

Si, precisamos de filósofos de la marihuana y de las sustancias cercanas. Filósofos del ser, que sepan conducir la juventud en caminos que uno no puede recorrer como un salvaje. Años atrás, cuando se trataba de pequeñas reuniones alrededor de un poro, quizás no era necesario, pero hoy en día, con la sistematización del consumo, precisamos de esta estructuración para no perderse en la rebelión o la fuga. Y los únicos que pueden estructurar tales conductas son los que transmiten un cierto conocimiento de las sociedades tradicionales donde se habla de “plantas de los dioses”.

- **En los años setenta, todas clases de libros fueron publicados sobre estos temas. Ahora esta literatura se deja ver poco, lo que sorprende dada la amplitud del fenómeno.**

Hay una flagrante falta de guías culturales interesados por este tema. Hace falta insistir sobre el hecho que la absorción de ciertos productos cambia nuestro nivel de consciencia. Cuando se habla de cambiar de nivel de consciencia, se habla también de cambiar de modo de conocimiento. Ahora bien, este cambio caracteriza la práctica de cualquiera disciplina espiritual del Oriente o del Occidente. Sea mediante calentamientos internos, prácticas de respiración, mantras, posturas de gimnasia o de yoga, siempre se trata de provocar una hiper-oxigenación que traerá modificaciones psicósomáticas intensas. También en los momentos que siguen la practica intensa de un deporte, se experimenta una aprehensión diferente del universo y de sí mismo, acompañada de un sentimiento de bienestar.

Las sustancias psicodélicas también crean una aprehensión distinta, pero lo hacen de manera mucho más violenta. El problema de la confrontación con tales percepciones es que el que las experimenta no está preparado a recibirlas. El problema más agudo es entonces lo que llamamos el “flip”, es decir la confrontación a un evento psíquico violento e imposible a integrar.

- **Eso pasa poco con las supuestas drogas “suaves”...**

Y más, en efecto, con sustancias más fuertes, que sean naturales o de síntesis. La psilocibina, la mezcalina, el LSD, etc. son sustancias muy poderosas que provocan en nosotros el acceso a un nivel de consciencia y a un modo de conocimiento que nos va a confrontar a experiencias que no somos siempre capaces de integrar. Y es lo que provoca el “flip”, un verdadero cortocircuito psíquico. Otra vez, si precisamos de un marco terapéutico es para poder pasar la prueba. Pues ese tipo de experiencia siempre será una prueba. El dragón que vamos a encontrar, el guardián de la puerta, el pasaje psíquico hacía otra realidad nos permitirá acceder a un mundo diferente, sino superior, que tendremos que integrar. La sustancia que nos va a conducir hacía el supuesto dragón despierta en nuestras profundidades un mecanismo, pero en ningún momento la droga, en sí misma, es capaz de permitir la integración de la experiencia vivida. La droga solo nos lleva en el umbral de la experiencia. Después nos entregamos, aislados, a los trastornos de la experiencia. ¿Sin acompañamiento quien nos va a enseñar a integrar esta experiencia? ¡Nadie! Nos hemos entregado a la sustancia, completamente desnudos. ¿Por

qué era tan imprescindible el marco tradicional? Es que la persona, el chamán, por ejemplo, que acompañaba sabía muy bien a que exponía el neófito. Entonces tenemos que recobrar todo el sentido de los rituales. En las supuestas sociedades “primitivas”, cuando se prepara a alguien para vivir tal experiencia psicotrópica, le preparan sobre todo a integrar esta experiencia de tal forma que nunca ocurriría un desfase entre su identidad y la experiencia que vive y con la cual se confunde.

En el hombre problema se encuentra siempre en el desfase existente entre lo que sabe y lo que es. Recordamos cuánto nuestras grandes incomodidades vienen de la diferencia entre lo que somos y lo que no somos. Aquí se encuentra una gran paradoja que nos enseña que siempre nuestras ilusiones nos vuelven a coger: el hombre de quien hemos dicho que cree que puede dispensarse del esfuerzo necesario para la transformación de su sueño en realidad, se ve confrontado adentro de sí mismo a la necesidad de un trabajo inmediato para poder integrar lo que le hace falta en el transcurso de su viaje interior.

En otras palabras, la vida no nos dispensa nunca del esfuerzo adecuado y necesario para integrar nuestras experiencias a nuestra vivencia cotidiana. Ninguna sustancia nos permitirá jamás eludir este esfuerzo de integración esencial para nuestra vida. Algunos realizarán esa integración mediante la acción, liberándose del reflejo de los frutos, y esta acción les llevará a entrar en un proceso de apertura de la consciencia. Y además están los que escogerán el camino de la sustancia, deseando que sea “gozadogena” y ya no alucinógena: ellos estarán confrontados a la misma necesidad de un trabajo interior que les obligara a reducir poco a poco el espacio que queda entre la elevación de esta experiencia inducida y su nivel ordinario de consciencia.

Este proceso es posible solo mediante un trabajo de integración obedeciendo a una disciplina muy exigente, y que implicará obligatoriamente una higiene de vida draconiana. ¡La vida cotidiana de las personas que se encaminaron hacia una ocupación relacionada con el uso de sustancias alucinógenas – tal como los chamanes de las sociedades tradicionales – obedece a reglas muy estrictas, mucho más que en la vida normal! Un “hombre medicina” debe llevar una existencia muy rigurosa. En distintas tribus, él debe rendir cuentas de su comportamiento a sus congéneres. Y la tribu puede decidir de deshacerse de él si considera que no se comporta bien. Por otra parte, la absorción de sustancias tradicionales tales como el peyote o la ayahuasca implican de parte de las tribus que las usan un sentimiento de responsabilidad muy fuerte: ¡la modificación química de la consciencia induce niveles de energía que pueden ser peligrosos para el individuo como para la tribu entera!

De un punto de vista iniciático, no hay crecimiento sin crisis. Ella marca siempre un momento clave. Y frente a una crisis, hay dos maneras de comportarse: enfrentarse a ella, o ser víctima. Si uno no ha aprendido a manejar la crisis estará desbordado por ella. Generamos por nuestro comportamiento crisis que nos hacen falta para crecer, sea superándolas, sirviéndonos de ellas para crecer, sea padeciendo de ellas, buscando ayuda en diversas sustancias, y postergando siempre la necesidad de pasar por ellas. Por eso a menudo el calmante se revela la única manera de compensar nuestra incapacidad a actuar como adulto responsable frente a esta crisis de crecimiento. Pero algo es cierto: nuestro inconsciente se despliega por todas partes, constantemente genera su medioambiente, y creamos continuamente situaciones, eventos, encuentros, todo un universo de relaciones que constituyen tantas ocasiones para resolver los problemas que provoquemos y que debemos solucionar si queremos aprender a crecer.